

EXAMEN DE LIBROS

PARA *PENSAR EL CARIBE* DESDE CUBA

OSVALDO BARRIOS MONTES

*Centro de Estudios Cuba-Caribe Dr. José Antonio Portuondo
Universidad de Oriente*

La historia colocó al Caribe en la encrucijada misma de la modernidad, pero en posición desventajosa; fue —y sigue siendo— emisor y camino de riquezas, también receptor de una humanidad diversa y de ideas en rápida evolución, en fin, sintetizador de culturas en diversos grados e irradiador de nuevos vientos allende los mares. Se pudiera aventurar la afirmación de que el Caribe, como quizás no haya otra región en la tierra, ha sido objeto de violencia, de violencia del tiempo histórico y de la historia misma, de violencia contra la naturaleza humana. Es por ello que entre pasado y presente hay un diálogo constante; hay tensión entre la raíz y los frutos, entre las culturas originarias y las de racionalidad occidental. La cultura occidental¹ es, para la realidad del Caribe, imposición, contenido incorporado y confrontación.

No es casual que muchos conceptos y enfoques de las ciencias sociales contemporáneas se estrellen contra la realidad del Caribe. Para explicar tal aseveración se debe admitir que las sociedades

¹ Al introducir el término cultura occidental nos estamos refiriendo al tipo de mentalidad que, como resultante del proceso de expansión o mundialización de la civilización grecolatina —primordialmente en los marcos del sistema capitalista—, se verifica en torno a la propiedad, el trabajo, las formas de organización social, el mercado y las ideas de justicia, progreso, belleza y entretenimiento —por sólo citar lo más relevante— y cómo éstas se expresan o influyen en todas las esferas de la vida social.

caribeñas arrastran las consecuencias de su desestructuración, producto de lo común en sus respectivos procesos de gestación y nacimiento, lo cual se expresa, como regla, en dimensiones tan diferentes como:

- La posición de éstas en el sistema mundial y las consiguientes funciones asignadas o asumidas.
- La ingobernabilidad o manifestaciones de debilidad en los agrupamientos e instituciones sociales y estructuras políticas.
- La existencia de espacios sociales que, de manera abierta o encubierta, muestran resistencias conscientes o alejamientos de los patrones de la cultura occidental en el sentido de conspirar contra las formas —legitimadas o impuestas por esta última— de organización, cohesión e inserción social, a partir de la simple reproducción cultural de la cotidianidad en contextos específicos.

A los argumentos expuestos hay que añadir lo que de ello emergería, de manera intercambiable, en calidad de causas o consecuencias: la pluralidad exacerbada en todos los ámbitos, la lógica y la retórica irreverente y atípica de su gente, la tendencia a la inestabilidad del área en general en tanto resultante de nuevas visiones éticas sobre la libertad y la solidaridad, así como las peculiares concepciones acerca de la trascendencia humana y la cosmovisión del mundo; sin pretender agotar el tema, sólo es menester decir que todo ello demanda estudios a la luz de un contrapunteo con la racionalidad occidental en su acepción más amplia.

Para la mayoría de los científicos sociales, el Caribe es una incógnita bastante difícil de dilucidar. Una mirada interesante a la problemática de su “aparente desasimio teórico”, que de alguna forma concuerda con lo planteado, la encontramos en James Figarola cuando propone que esto se debe a su condición de resumen del mundo y a nuestra manera particular de entender las cosas a partir de tal condición, derivándose la necesidad de un posicionamiento desde su interior, desde su heterogeneidad, complejidad y polémica amplitud, al margen de los tradicionales

enfoques importados del Primer Mundo.² Pensar para explicar el Caribe y, sobre esa base, actuar en pos del desarrollo de sus pueblos, demanda un acto de creación intelectual.

Entre los que piensan al Caribe con espíritu progresista, con miras a su desarrollo, hay cierto acuerdo alrededor de la idea de que el actual orden mundial está dejando pocas opciones que disten de la integración, principalmente si se trata de países que arrastran una fatalidad histórica como los caribeños; de igual manera, en el interior del grupo que defiende esta estrategia es bastante frecuente apostar por una inserción donde la cultura sea la base de este proyecto integrador, algo que, a pesar de algunos esfuerzos canalizados mediante organismos supranacionales, no ha arrojado resultados satisfactorios en cuanto a la cooperación y concertación entre gobiernos.³ En los altos niveles de la política ha primado la perspectiva económica y de mercado, y más recientemente lo relacionado con la seguridad en la región con sus diferentes acepciones, aunque predomina el tema militar y el tocante a los desastres naturales. La lentitud en el avance hay que buscarla más en lo insuficiente del financiamiento que en la falta de ideas o voluntad política,⁴ pero sobre todo, y esto es decisivo, en el papel activo que siguen jugando las potencias —en sus variantes colonial, neocolonial o asociadas a intereses hegemónicos en general, ya sea de manera directa o indirecta—⁵

² Véase James Figarola (2000a, 9-10).

³ Entre estos organismos tenemos la Caribbean Free Trade Association (Carifta, 1965), el Caribbean Community and Common Market (Caricom, 1973) y la Asociación de Estados del Caribe (AEC, 1995). Es bueno señalar, sobre todo en el caso de los dos últimos, que "le han otorgado un peso preponderante a la dimensión cultural de la cooperación" (véase Hernández Rodríguez, 2000, 114).

⁴ Son muchos los hechos que en las últimas cuatro décadas así lo atestiguan. Pero compartimos un aire renovador de optimismo porque recientemente el gobierno venezolano, con Hugo Chávez a la cabeza, ha promovido iniciativas muy serias de cooperación en varios campos, donde sobresale el monto y el alcance de los acuerdos energéticos, cuyos dividendos, en buena medida, serán invertidos en el desarrollo social y cultural de los pueblos de la región. Se trata de la Alternativa Bolivariana para las Américas, un proyecto de integración que tiene sus antecedentes en el pensamiento más progresista del continente (véase Hernández Rodríguez, 2000, 119).

⁵ La mayoría de los países caribeños perciben la amenaza a sus intereses nacionales no en el modo de actuar de un Estado-nación vecino, sino frente a las

en el seno de estas organizaciones, representando territorios que continúan dominados parcial o totalmente. El logro de independencia total y soberanía, mayormente en territorios donde la pequeñez o la exigüidad de recursos naturales y humanos se convierte en abierta vulnerabilidad, es condición necesaria para la conformación de la identidad cultural y su expresión política, la identidad nacional. En este punto convergen dilema, meta y utopía: ¿cómo alcanzar un desarrollo económico sostenido y, al mismo tiempo, hacerlo sostenible, salvaguardando la integridad de la cultura en la región?,⁶ ¿cómo potenciar el sentido de síntesis y conformador de sociedades y naciones cuando existen grandes sectores sociales dentro de los pueblos caribeños que no se reconocen como portadores y nutridores de esta cultura por la carencia, entre otros factores, de una independencia formal o de espíritu?⁷

El problema es que la existencia de una cultura, de una identidad cultural que fundamente y viabilice esa integración es tan necesaria como polémica en algunos aspectos. Aquí no pretendemos desarrollar este tema, sólo apuntar que la complejidad de la identidad cultural caribeña desborda las implicaciones epistemológicas del concepto, explicable por el reclamo de sus verificaciones fácticas, las cuales, en conformidad con la tesis del propio James Figarola en varios de sus escritos, hay que buscarlas en la cultura popular tradicional, el espacio social donde ésta reside; espacio que se superpone, en gran medida, si bien no completamente, con el que continúan ocupando y reproduciendo los sectores más oprimidos.

No sin razón algunos autores sostienen que el concepto identidad cultural sólo puede ser abordado seria y rigurosamente desde una perspectiva transdisciplinar, aunque esto a veces vaya

corporaciones y empresas transnacionales, el crimen organizado y el narcotráfico (véase Hernández Rodríguez, 2000, 110).

⁶ Según el Summary Report of the Seventh Meeting of the Regional Cultural Committee, Caribbean Community Secretariat, Basseterre, St. Kitts and Nevis, 11 y 12 de marzo de 1996, pp. 3-4, cit. en Hernández Rodríguez (2000, 114): "Existe preocupación ante la amenaza al desarrollo cultural de la región por parte de influencias externas, en la medida en que se han privilegiado los beneficios económicos..."

⁷ Véase James Figarola (2000b, 60-61).

acompañado de un aliento retórico por lo difícil de concretar en la praxis de los científicos sociales.⁸

En el caso del Caribe, concordamos con James Figarola en el sentido de que para comprender su cultura hay que dejarla que hable por sí misma; desde sus propios códigos; en cuanto cultura de respuesta; con su sentido del tiempo —que puede ser hasta múltiple—;⁹ como escenario que expresa una singular relación afectiva y racional entre individuo y colectividad, incluso, en el orden de la filosofía alrededor de la trascendencia humana, y donde la experiencia generalizada de la plantación esclavista ha derivado en cierta integración de rasgos que se multiplica, a su vez, en tipologías particulares; donde se continúan manifestando mimetismos más o menos readaptados provenientes de la influencia occidental; donde el polo representado por las fuerzas hegemónicas persiste en su intención de reafirmarse, al tiempo que obstaculiza las construcciones de una nueva conciencia, una nueva identidad legitimante, en el otro polo (James Figarola, 2000a).

Si bien asumimos que la cultura caribeña existe en cuanto cultura de confrontación, en constante lucha de reafirmación, no somos tan optimistas como James Figarola —a pesar de compartir la intencionalidad ideológica de su pensamiento— al sostener que este espíritu de confrontación esté llamado, en última instancia, a concretarse en la búsqueda de la emancipación individual en tránsito hacia la independencia en cuanto naciones. Reconocemos este “principio rector” (James Figarola, 2000c, 221-222)

⁸ Una perspectiva transdisciplinar “establece una cooperación orgánica fecunda que implica una fundamentación o teoría global con un marco común para guiar la investigación; ella ofrece la ventaja de ser capaz de producir categorías que no corresponden a ninguna disciplina específica sino a su conjunto orgánico” (véase Monal, 2000, 550-551). De alguna forma, esta idea aparece implícita en James Figarola (2000a, 32).

⁹ Es preciso concordar con la proposición de que el tiempo caribeño tiene un mayor peso en el presente “por la casi total asimilación del pasado al presente; el pasado forma parte del presente” (véase James Figarola, 2000b, 45); no obstante, sería bueno adentrarse en los matices que esta afirmación pudiera tener si se analizara el fenómeno sobre bases socioclasistas, es decir, cabe suponer que en la medida en que nos alejemos de los sectores populares menos comprometidos con la lógica de las grandes empresas, el mercado y las finanzas a gran escala, el sentido del tiempo se acerca a los patrones occidentales.

tras seguir los derroteros del pensamiento progresista que ha explicado la síntesis histórico-cultural de las sociedades caribeñas desde una perspectiva macro; pero la lucha por la independencia es una forma de confrontación, no la única, es quizás la más elemental y apropiada para el progreso de los pueblos por ser la aprendida de la cultura occidental, y por ende, la legitimada por la historia conocida y las formas de lucha y de gobierno al uso; sin embargo, la confrontación se constata también en diversas dimensiones de la vida cotidiana, en las actitudes de individuos y grupos ante la muerte, el trabajo, la diversión y todas las construcciones sociales que denotan poder. Consideramos interesante ahondar en las características, modalidades y causas de esa confrontación en espacios microsociales, a fin de determinar hasta qué punto son distintivas de la cultura caribeña o se encuentran en el ámbito de sus tensiones al adoptar tres variantes visibles: 1) espacios en los que no se desarrolla, y menos cristaliza, un ansia de libertad en los términos macro arriba aludidos; 2) espacios que en determinados momentos se oponen a la independencia; 3) espacios de confrontación que subsisten en el interior de sociedades que ya han alcanzado su independencia, pues se sabe que la justicia social no es un factor directamente proporcional a ésta y, en el trayecto de su conquista palmo a palmo, hay que superar muchas barreras, siendo las culturales las de mayor complejidad. Mientras los centros de poder continúen perfilando sus estrategias de desunión política o —más profundamente— cultural, en esos microespacios existe y existirá cultura caribeña como una opción autenticada en el mismo proceso de su contradictoria formación; inclusive, no es de extrañar que se verifiquen procesos recesivos o de estancamiento (en lo político o en lo identitario), algo común entre los países más indefensos.

La debilidad del sentido de pertenencia, un indicador con fuertes implicaciones sociopsicológicas que se refracta en la colectividad a lo largo de la existencia cotidiana, es un problema de gran connotación en el plano de la identidad cultural caribeña, reforzado consciente o inconscientemente por los centros de poder, en estrecha relación con la precaria comunicación en lo concerniente a rasgos culturales, historia y destinos similares.

La insuficiente comunicación entre los pueblos del Caribe —cuyas causas ya fueron esbozadas— se desglosa en las barreras derivadas de las diferencias lingüísticas, la orientación o insuficiente infraestructura de transporte y de acciones concretas para propiciar el conocimiento mutuo y el intercambio cultural.¹⁰ No basta con encontrar una comunión de símbolos, estilos y hasta posiciones filosóficas ante la vida entre los escritores caribeños; ya se ha visto que tampoco basta con que la dimensión teleológica de la cultura en el Caribe nos muestre una tendencia al mejoramiento humano, la justicia y la independencia; y peor aún, no son suficientes los esfuerzos de los intelectuales en función de contribuir al entendimiento cabal de sus esencias. En este último aspecto, en este largo y tortuoso camino, el desafío de fortalecer el sentido de pertenencia como un imponderable debe relacionarse con la promoción, preservación y desarrollo de la cultura popular tradicional en su significado más amplio; esto así porque, entre otras dimensiones, ésta debe ser receptora cada vez más activa de los resultados de las investigaciones sociales y humanísticas¹¹ y de los productos artísticos que la enaltezcan, reflejen o ilustren su diálogo inevitable con el resto de las influencias culturales. Al hacer un paréntesis en este punto nos encontramos con que la tarea de los intelectuales y de la academia en general pudiera estar relativamente esclarecida sólo si se asume como

¹⁰ Aquí debe incluirse también, aunque en menor grado, a los artistas e intelectuales en general. Gerard Pierre-Charles, en ocasión de recibir el premio Goerge Beckford, otorgado en Curazao por la Asociación de Economistas del Caribe, llamaba la atención sobre esta necesidad urgente para nuestros pueblos (véase Pierre-Charles, 1994, 4-7).

¹¹ La transdisciplinariedad aportaría una plataforma común con el fin de tributar a conceptualizaciones, explicaciones y teorías cada vez más sólidas y completas que se traduzcan en su aplicabilidad a los problemas y desafíos de la identidad caribeña, después de profundos estudios casuísticos; esto supone, en la práctica, desechar algunos rasgos culturales contraproducentes con el desarrollo y potenciar otros que lo propicien. En este empeño, conceptos como desarrollo sostenible, oralidad, cultura de masas, desarrollo social, cultura de resistencia, marginalidad, cultura popular, identidad social, tradición, identidad cultural, entre otros muchos, deben usarse con cautela por los trasfondos ideológicos y teóricos que sus definiciones pudieran tener, y sin perder la perspectiva contextualizada, holista y humanista con que han de interpretarse los procesos socioculturales en su dinámica.

una batalla desde las sociedades civiles de cada uno de los países, ya que en el contexto actual muy poco se puede esperar de las políticas culturales de los gobiernos, allí donde existan o se instrumenten, y muy poco se puede esperar de la condición subordinada a las fuerzas hegemónicas del capital y la política internacional.

Para alcanzar la utópica —por no realizada— integración, se necesita un proyecto radicalmente diferente a los precedentes con el fin de viabilizar el verdadero desarrollo de los países caribeños,¹² a saber, una comunión de intereses económicos, sobre la base de una voluntad política que tienda a legitimarse como independiente en cada territorio, sin desconocer la lógica del orden mundial actual, ni las diferencias y contradicciones del área, pero sobre todo, que arranque de la presión de los diferentes actores de la sociedad civil hacia las élites gobernantes, presión que lleve la carga de la cultura propia, asumida, y la compartida con el resto de la región. Quizás para algunos territorios caribeños se necesite más de un siglo en busca de la integración, pero en el interior de las sociedades caribeñas hay que ganar primero la batalla cultural de la sociedad civil que lleve al poder sectores progresistas comprometidos con la causa de las mayorías, condición indispensable para diseñar proyectos mediante organismos o programas supranacionales.

Un factor importante para llegar a tamaño empeño continúa siendo, sin dudas, el estudio y divulgación de la historia de la región, de la historia de su cultura y de una historia que permita explicar su cultura; en este sentido quedan grandes vacíos. El texto que ahora nos ocupa, *Pensar el Caribe: Cinco ensayos de interpretación de la región caribeña*,* se inscribe en esta aspiración desde su propio título, contribuyendo a la conformación de una visión integral del área a partir de fenómenos y procesos sociohistóricos cruciales para su comprensión, a fin de aportar mayor conocimiento sobre éstos y plantear parte de los desafíos a enfrentar;

¹² La Alternativa Bolivariana para las Américas, promovida por Venezuela y Cuba, es el proyecto integrador que más se asemeja a lo necesario y, sobre todo, viable.

* *Pensar el Caribe: cinco ensayos de interpretación de la región caribeña*, Colectivo de autores [edición de Natividad Alfaro Pena], Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2004, 278 p.

de aquí puede motivarse un primer aplauso por compendiarse temas trascendentales para el Caribe, acertadamente tratados.

Hasta donde conocemos, este libro tiene en Cuba dos antecedentes notables entre los que han circulado en nuestra red de librerías; el primero es el conjunto de ensayos que Joel James Figarola reunió en *El Caribe, entre el ser y el definir*, un libro profundo, conceptual, provocador, que se pasea entre los límites de las ciencias sociales acercándose al enfoque ecuménico que reclama el tema: una mirada tan académicamente libre como la mente del negro esclavo africano a la hora de organizar y concebir el culto a sus deidades en tierras caribeñas; el segundo es *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial* (2003 [1981]), cuyo autor, el eminente intelectual y político dominicano Juan Bosch, desarrolla en más de quinientas páginas la historia de los imperios por el control del Caribe, entre sí y contra los pueblos, así como la historia de estos últimos por liberarse de los imperios.¹³

Pensar el Caribe... es un texto que exhibe un excelente trabajo de la Editorial Oriente (2004); constituye el primer libro que promueve el Centro de Estudios Cuba-Caribe Dr. José Antonio Portuondo de la Universidad Oriente —con el concurso de uno de sus investigadores y cuatro colaboradores— y asume el reto con dignidad desde la primacía del enfoque histórico; en él la amenidad no se divorcia con la profundidad, ni tampoco el análisis de la síntesis, atributos que llevan a caracterizarlo como un texto concebido inicialmente para la docencia que rebasa con creces ese propósito.¹⁴ Por nuestra parte, siendo fiel al espíritu latente en las primeras páginas, este trabajo tiene la intención —tomada como pretexto— de pensar el Caribe; se exponen los métodos y

¹³ En el prólogo a esta edición, de Sergio Guerra Vilaboy (p. IX), aparece una valoración crítica que, a pesar de apuntar el reduccionismo del autor —en este y otros textos— a la historia del pueblo contra el imperialismo y la oligarquía, además de ciertos “descuidos metodológicos”, se reconoce su “gran impacto en la intelectualidad progresista del continente y en amplios sectores de la población latinoamericana”. Esta última era su intención declarada, de ahí su alejamiento de las convenciones académicas.

¹⁴ Esta confesión-afirmación la ha realizado varias veces uno de los coautores del libro, el doctor Hebert Pérez Concepción, en actos públicos de presentación del mismo.

el contenido de cada uno de los ensayos, y se subrayan aquellos aspectos que consideramos significativos para explicar el presente de la cultura y la sociedad en nuestros pueblos.

El primer ensayo, "Introducción al Caribe", de Hebert Pérez Concepción,¹⁵ resulta funcional y coherente respecto a los objetivos del libro por ser una caracterización general de la región desde factores tan disímiles como el clima, la geografía, la estructura económica, el origen de la población, las lenguas, la historia y la cultura; el énfasis se pone en cómo la combinación y superposición de estos últimos dan cuenta tanto de la unidad como de la diversidad.

La unidad se aborda considerando la incidencia de momentos históricos cruciales (Revolución Haitiana, Segunda Guerra Mundial), pero sobre todo, a través del eje analítico fuerza de trabajo-trata negrera-azúcar; todo ello conformando un tejido cuyos hilos son fenómenos y condicionantes generales vinculados a la relación que se estableció entre el Caribe y las potencias occidentales a partir de 1492, a saber: el papel de proveedor de riquezas, los tradicionales problemas para su extracción y producción que se derivaron de la necesidad de fuerza de trabajo y la división social con ella asociada —donde lo racial atravesaba y estructuraba las sociedades en sus procesos de formación— y los grados variables de dependencia respecto a las metrópolis europeas, y luego al imperialismo estadounidense.

Tales antecedentes, unidos a las bondades naturales, contribuyen a fundamentar, en cierta medida, cómo en la actualidad observamos un auge del turismo, las migraciones, el narcotráfico y el lavado de dinero, fenómenos que son breve pero suficientemente ilustrados por el autor y constituyen un producto social y económico del capitalismo contemporáneo, mas no definen la identidad caribeña, sino la forma en que el Caribe aprovecha la condición periférica que en tanto sistema le asignó, utilizando la flexibilidad de sus instituciones para ampliar los límites del capital en sus operaciones lucrativas. Pero al mismo tiempo, estos factores modeladores de identidad en la región afloran en el texto

¹⁵ Profesor-investigador del Centro de Estudios Cuba-Caribe Dr. José Antonio Portuondo perteneciente a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Oriente.

desdoblados y multiplicados en la evolución histórica de las zonas de influencia de las diferentes potencias, en las especificidades de cada país; así, la diversidad aparece como resultado histórico-cultural, y en los casos de las islas despobladas, en cuanto accidente geográfico-climático prácticamente abandonado por la especie humana.

Resulta esclarecedor el análisis de la diversidad de definiciones del Caribe que en función de intereses económicos, políticos y de coyunturas históricas hacen emerger los diferentes actores del hegemonismo. Se asume la noción de un Caribe cultural que sobre la base de la influencia afro (marcada por el oprobioso fenómeno de la trata negrera) propone Gaztambide. Para su entendimiento, el Caribe se subdivide en seis agrupaciones que son casuísticamente descritas, sin que ello implique apartarse de un tratamiento crítico, reflexivo. Es interesante, por ejemplo, la discusión relativa a la pertenencia de las Bahamas al Caribe, por un lado, y la referencia al Programa Bootstrap, que marca una inflexión importante en la relación de dependencia de Puerto Rico respecto a Estados Unidos.

Por su exhaustividad, amenidad y profundidad, esta "Introducción al Caribe" pudiera funcionar para cualquier libro sobre el tema; la simple lectura de su estructura rompe con los encapsulamientos conceptuales que no atienden su heterogeneidad en constante tensión con las esencias de su conflictiva identidad; su contenido es un anuncio de los tópicos que en él se abordan y de otros que esperan por futuras publicaciones.

En el ensayo "Política imperial por el caribe: 1492-1898", Olga Portuondo Zúñiga¹⁶ se adentra en el tratamiento histórico de un tema harto difícil de comunicar por la urdimbre de interrelaciones y causalidades que matizan el objeto de estudio, lo cual obliga a una esmerada capacidad de síntesis, misión que cumple con eficacia.

Después del encontronazo cultural de los dos mundos desconocidos entre sí, el viejo régimen feudal europeo comenzaba su agonía definitiva —no sin antes pasar por algunas experiencias

¹⁶ Historiadora de la Ciudad de Santiago de Cuba y profesora de la Universidad de Oriente.

de monarquías absolutas—, y como expresión de ello, la lucha por los mercados y nuevas fuentes de materia prima para la pujante industria se traducían en un problema internacional de una magnitud sin precedentes. La idea de progreso experimentó un acelerón y el Nuevo Mundo contribuyó a concretarla por medio de sus aportes incuestionables al surgimiento del sistema capitalista, donde el Caribe jugó el triste papel de proveedor de riquezas, además de vaso comunicante con el resto de América.

Son las “potencias imperiales” europeas las protagonistas iniciales de este relato; éstas encarnaban el singular avance económico, tecnológico y militar de Occidente a modo de una imposición de la historia que no cabe explicar o polemizar aquí; mas, estos indicadores que la definen como tal no sólo reflejaban la mentalidad en transición de una nueva era, también pasarían al discurso de las ciencias sociales y de algunos políticos de carrera en virtud de ser garantes suficientes del “desarrollo”, con independencia de la extensión territorial, la cantidad de población o cualquier rasgo cultural de los pueblos conquistados y sojuzgados. Así nació el fatal contraste Norte-Sur, catapultado por la rapiña en busca del control de los territorios americanos en general y caribeños en particular; razones de esta índole convierten al Caribe en el escenario de la versión europea de la larga duración, ahora constreñida a cuatro siglos.

El corte temporal de este excelente ensayo lo signa la emergencia del imperialismo estadounidense, actor que se vuelve protagónico en el área desempeñando el papel de seductor con progreso, estafador con diplomacia y amenazador con la fuerza; su estrategia imperial a lo largo del siglo XIX y el mecanismo de dominación neocolonial que en sus postrimerías inauguraba, son sintetizados en formas y esencias por la autora, en tanto borrador para escribir la historia posterior.

Se proponen las bases de una periodización que presenta, a manera de columna vertebral, el nivel de tirantez entre las potencias imperiales, las estrategias y resultados respecto a sus objetivos, y desde la óptica de la región en general, haciendo hincapié en los procesos de movilidad constante de las fronteras entre ellas. Resulta importante que se captan las esencias de cada coyuntura y cada proceso trascendente; por ejemplo, en torno a la forma en que España fue perdiendo terreno, el impacto

de la Revolución de Haití o el desplazamiento de las potencias europeas, por parte de Estados Unidos, en aras de reinar sobre el Caribe; en cuanto resultado de esto sobresalen provocaciones como la sugerente conexión ideológica que Portuondo Zúñiga establece entre los ecos de la Revolución Francesa y la conspiración de negros y mulatos libres que fuera organizada y aplastada en 1795 en la región oriental de Cuba. Uno de los mayores méritos está en el modo en que se muestra cómo las decisiones y acontecimientos en lugares particulares del Caribe van expresando los nexos cada vez más fuertes entre lo local y lo global.

Para lograr la coherencia del discurso, se buscan hechos y ejemplos adecuados que incluyen guerras, complicidades, diplomacia, traiciones y reparto de territorios, junto al desempeño de actores como personajes políticos, corsarios, piratas, filibusteros y bucaneros; todos forman parte de la red de causalidades y asociaciones que confluyen en un escenario tendencialmente inestable a lo largo de los siglos, con implicaciones no suficientemente estudiadas acerca de la naturaleza de la cultura en la región y de sus sociedades en el presente.

La autora no se contenta con develarnos la historia de los conflictos bélicos, comerciales y diplomáticos en y generados por el Caribe desde la perspectiva occidental, más bien se apoya en ella para contribuir a la interpretación de fenómenos tan recurrentes como el contrabando, las conspiraciones, sublevaciones y procesos revolucionarios, sin obviar las manipulaciones del tema de la trata, de la esclavitud y de los mecanismos de dominación.

Rafael Duharte Jiménez,¹⁷ en "África en el Caribe. Una reflexión sobre la influencia africana en la historia y cultura de la región caribeña", sigue una línea que ha caracterizado su obra; esta vez se acerca a uno de los problemas más trascendentes, al extremo que lo consideramos, simplificada, el elemento de mayor peso en la definición del Caribe, coincidiendo con la postura que prevalece en el libro y con los criterios de James Figarola al enunciar las contingencias genéticas que potenciaron su conformación como cultura.¹⁸

¹⁷ Investigador de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Santiago de Cuba.

¹⁸ Al analizar las cinco contingencias genéticas que expone este autor, a saber, la extinción de la población aborigen, el establecimiento de la trata negrera,

La asunción de una identidad caribeña a partir del complejo cultural africano implica una perspectiva cultural que rebasa las fronteras nacionales ya que su presencia contagia todas las islas mojadas por el mar Caribe y marca diferencias sustanciales en los países continentales donde ésta aparece; se trata de un crisol de orígenes étnicos e influencias diversas, amalgamadas, coexistiendo, transculturadas en diferentes grados, que continúa en la búsqueda plena de su propio ser, desde los conflictos y la diversidad que representan en el interior de sus respectivos territorios, los organismos internacionales y hasta el espíritu de su gente.

Bajo esta lógica podríamos encontrar Caribe o cultura caribeña en varios puntos de América. No se puede obviar que la América aborígen, y más, la América Latina, coexisten con el Caribe en algunas zonas, convirtiendo muchas veces en artificiales las fronteras entre países o matizando la diversidad en su interior. La evolución histórica y cultural de algunas regiones que en determinado momento recibieron poblamiento africano, complejiza aún más la definición (para algunos, el sistema plantacionista es el factor consolidador, en cada uno de estos espacios, de la cultura caribeña). Pero tampoco se debe olvidar que la diáspora en Estados Unidos, Canadá y otras naciones del Cono Sur (hasta en Europa) atestiguan fenómenos similares más allá de la convencional definición geográfica de Caribe.

En este ámbito de discusión, donde geografía y cultura no necesariamente se sobredeterminan, Duharte Jiménez introduce una sugerencia capital para entender el desgarramiento existencial de los sujetos y las contradicciones de la identidad cultural caribeña ya abordadas: "...parte del Caribe continental carece de conciencia de sí mismo al negar la influencia africana en su cultura", ya que estos países se sienten parte de una Hispanoamérica que los blanquea y, por ende, los acerca al ideal de progreso occidental. Pero se podría decir más. El trasvase humano africano, de proporciones nunca antes visto, que dibujó los contornos

de la institución esclavista, del sistema de plantaciones, y la presencia de fuertes movimientos migratorios, no es difícil defender la idea de que la influencia africana es protagonista de los tres elementos intermedios, agente coprotagonista del último de estos fenómenos sociales —al punto de constituirse en factor socializador de esa influencia en la región— y triste resultante histórica del primero (véase James Figarola, 2000b, 40).

demográficos y culturales de la región a través de sus consecuencias (en todos los órdenes, resumidos en el cultural), si bien adquiere un alto significado definidor por su sentido de alteridad respecto al resto de América Latina y el mundo, resulta trágico que la asunción insuficiente de esta definitoria influencia africana como parte de la identidad la podemos hallar también en el Caribe insular, aunque en menor medida, en dependencia de la metrópoli de que se trate, de la intensidad y diversidad de formas en que el cristianismo ha interactuado con otras manifestaciones religiosas y culturales, y del nivel de análisis en cuestión. El propio Duharte Jiménez declara en su ensayo un mayor distanciamiento de África en el Caribe hispanoparlante que abarca Las Antillas (en favor, en este caso, de las formaciones nacionales), frente a un mayor acercamiento a ésta en las antiguas —o actuales— posesiones inglesas y francesas (llegando hasta expresiones culturales y políticas como el *garveyismo* y la *negritud*). Las contradicciones de la identidad cultural caribeña afloran sin remedio en niveles de análisis más generales (en el examen de procesos de mestizaje y cristalización de identidades nacionales), o más particulares, que en el fondo contienen cierta negación o apartamiento de la influencia africana en el seno de sectores sociales específicos y en la individualidad de algunos sujetos.¹⁹

En este sentido, resulta de interés la presentación, por parte del autor, del concepto *afroamérica*, un espejismo manipulado, sin sustento desde el punto de vista cultural ni económico, ni del color negro de la piel por el alto grado de mestizaje biológico y cultural reinante.

¹⁹ Para muchas personas es una práctica bastante generalizada en el Caribe hipotecar, postergar o enmascarar la asunción de su cultura. Cada una de estas variantes tiene en común la recompensa de cierta "seguridad" al aspirar o mantener derechos civiles, políticos y sociales similares a las potencias occidentales o la inserción en las estructuras existentes en sus respectivos territorios, estructuras que a su vez están fuertemente condicionadas o influenciadas por las fuerzas hegemónicas internacionales que imponen determinados códigos éticos, morales y de conducta en general, a cambio del mantenimiento o alcance de cierto nivel de vida o la introducción en la *mass media*, con todo lo que ello culturalmente implica. El derecho a ser de cada pueblo es sacrificado con frecuencia por el derecho al bienestar proporcionado por la dependencia en su diversidad de modalidades; pero ahí también subyacen las variantes de la cultura de la resistencia que se retroalimentan constantemente de la cultura popular tradicional.

En América hubo esclavitud sobre los blancos, los negros, los asiáticos y los aborígenes; pero el autor se centra, precisamente, en la condición subordinada y de horribles sufrimientos que hicieron del masivo poblamiento africano el portador de respuestas culturales que signarían el contenido identitario de los pueblos y de la región. Las diversas formas de resistencia cultural, rebeldía e inconformidad con la situación del negro africano y su descendencia, desde el sabotaje económico, el suicidio y la simulación, hasta el cimarronaje y las sublevaciones, son dilucidadas de manera convincente; para ello se vale de fragmentos de prensa plana, testimonios de viajeros y citas bibliográficas, hábil mezcla de fuentes que logra sus propósitos mediada por una notable sencillez en el discurso. Con la lectura del texto se hace inevitable caer en las redes del autor al inducirnos a pensar en los niveles y modos en que estas respuestas culturales han llegado hasta nuestros días.

La huella cultural africana en el Caribe es ejemplificada con las lenguas y sus sobrevivencias e incorporaciones al habla cotidiana, la culinaria, en toda su rica variedad, la cultura artística, expresada, y no, en otro aspecto: las fiestas populares y, por supuesto, la religiosidad popular, enunciada como el resultado de una confrontación cultural de siglos con el cristianismo.

Hay, además, dos ideas en este ensayo que invitan a la polémica, al estudio detenido:

- 1) "La construcción social en torno al trabajo como rasgo cultural con manifestaciones diversas en nuestras sociedades". Con esta hipótesis da inicio, abriendo una puerta de interpretaciones y explicaciones sobre la diversidad de realidades que alrededor de la inserción social desde el empleo existe en las sociedades caribeñas. Es un comienzo inquietante que despierta complicidades o francos dissentimientos, mas se escurre por otro camino al no ser desarrollado.²⁰ El hecho de que "la cultura laboral 'maldita', signada por la violencia y la simulación, no fue

²⁰ Sin embargo, al final del ensayo se apunta que algunos estudiosos han observado una cultura laboral más desarrollada en los negros jamaicanos al compararlos con los dominicanos y cubanos.

superada del todo en el siglo xx”, constituye un grito —a viva voz— de la urgencia de investigar este fenómeno.²¹ Quizás el espíritu de empresa, competencia y lucro que desde la Escuela de Manchester (los llamados economistas clásicos de finales del siglo XVIII, principios del XIX) sentó las bases doctrinales del capitalismo, adopte sus opuestos o variaciones sensibles en el Caribe por la combinación de las culturas africanas originarias con la reacción de individuos y colectividades concretas que, en los casos más extremos, no logran desprenderse de la suerte propia y la de sus antepasados, caracterizada por la explotación, humillación y muy escaso ascenso social. Los grados y mecanismos por medio de los cuales se reproducen estrategias de vida que incluyen actitudes contrarias o diferentes a la lógica de la cultura occidental, principalmente en el terreno del trabajo, pudieran estar relacionados con las condiciones de existencia en los estratos sociales más bajos y la mentalidad con ello asociada; profundizar en esta dirección daría claridad en torno a las posibles conexiones de este fenómeno con el desarrollo socioeconómico de los países en la región; así se ubicaría en su justo lugar el tema, contrarrestando, de paso, generalizaciones malintencionadas, de fundamentos errados o sin ellos, que pretenden vestir de ropaje peyorativo a todo lo caribeño.²²

²¹ Se podría pensar, de manera similar, alrededor de lo acaecido a las culturas nativas de América, aunque con la salvedad de que, en este caso, individuos y comunidades sufrieron la invasión de sus zonas de asentamiento y el levantamiento de otras formas de vida que les han impuesto violencia en todos los sentidos. En estas culturas, las nociones de tiempo, espacio y cosmovisión del mundo son muy diferentes a la occidental, provocando, hasta el presente, discriminación y situaciones de marginalidad en el interior de sus respectivas naciones (a la usanza moderna), sin que hayan cesado los intentos de asimilación. Como sucede con las culturas nativas en otras partes del mundo, la mentalidad de progreso occidental suele mostrarse incapaz de tolerancia y respeto con la riqueza y diversidad que representan; al mismo tiempo, constituyen un desafío ético y científico al plantearse los límites de transformación de sus pautas culturales, principalmente aquellas relacionadas con la salud y la alimentación que ocupan un lugar central en cada cultura.

²² Sería muy útil, en un aspecto tan vital, un estudio comparado que privilegie un tratamiento socioantropológico, primero, y sociológico y económico luego,

- 2) “El significado ideológico del ascenso social del negro a contrapelo de la esclavitud”. Son acertados los comentarios y ejemplos del autor sobre esta aseveración, dejándose leer entre líneas lo mucho que este proceso de ascenso social sirviera para apuntalar tanto la conformación de las sociedades como la emergencia y desarrollo de los sentimientos de arraigo cultural, local y en muchos casos de mayor alcance; otro elemento que se sugiere tener en cuenta es el de las variaciones del fenómeno en las diferentes colonias a partir de la estructuración social que dibujaron las metrópolis, haciendo énfasis en Cuba con relación a España. Los espacios en el mercado laboral que conquistaron o quedaron para los negros y mulatos libres, los oficios que fueron desarrollando y los avances en la instrucción y algunas profesiones constituyeron —y todavía lo hacen— argumentos contra el racismo, que al mismo tiempo se han integrado al contenido de las representaciones sociales y los estereotipos acerca de la raza en la actualidad. En el caso de Cuba, el prestigio alcanzado por negros y mulatos como protagonistas de las luchas por la independencia y la justicia social en diversas etapas, hasta hoy, es un factor de ascenso social importante que espera ser investigado en toda su dimensión.

En el cuarto ensayo, “La independencia del Caribe insular y Centroamérica (1791-1898)”, de Luis González Pérez,²³ se toca uno de los temas más sensibles del Caribe; tan sensible que a la hora de evaluar la obra de un intelectual del área, se suele erigir en indicador casi imprescindible al asociarse con el posicionamiento político y apego a la identidad del pueblo en cuestión.²⁴

centrado en las diferentes manifestaciones de la cultura popular tradicional; buenos referentes para comenzar son las sugerencias de Duharte Jiménez sobre el impacto de las formas de poblamiento en Las Antillas, junto a las distinciones por metrópolis y la impronta cultural de las múltiples etnias de origen africano en cada zona, que se ofrecen en este ensayo y en el de la introducción del libro.

²³ Profesor de la Universidad de Oriente.

²⁴ Porque poder, cultura e independencia arman una triada conceptual que por sus enfoques, olvidos y abusos —implícitos o explícitos— de cada uno de sus

La historia ha demostrado que *independencia e identidad cultural* son dos conceptos concomitantes que, sin embargo, no siempre se asocian con desarrollo económico; los pueblos del Caribe así lo ilustran. Por un lado se debe coincidir en que la discutible homogeneidad acerca de la historia, tamaño y papel desempeñado o asignado en el orden global por cada uno de los países dificultan cualquier análisis; por otro lado, también es pertinente convenir en una certeza repetida, pero que no en todas ocasiones es interpretada en su total trascendencia cuando de evaluar comparativamente la realidad económica y sociocultural de estos países se trata: el capitalismo, y con él los mecanismos de dominación para su perpetuación, ha evolucionado sofisticando sus estrategias e instrumental y construyendo sus mitos de confort, consumo y bienestar para las grandes masas, lo cual sigue moldeando la mentalidad de las personas en sus conductas, discursos y pensamiento e influyendo sobre las percepciones de la realidad comprendida en ambos conceptos.²⁵ Un buen asidero para enfocar este y otros temas reclama una mirada en profundidad a los procesos de independencia en la región, sus conexiones internas y en relación con ésta y el mundo, sus especificidades, retrocesos, frustraciones, acometidas incompletas y no realizaciones y, fundamentalmente, el alcance de sus consecuencias.

componentes declara lo proclive de una posible polarización de las respectivas ubicaciones de los intelectuales, donde las ciencias sociales —y el arte, aunque con mayor complejidad— se ven convocados a un diálogo más directo con la realidad que se convierte en una unidad de medida, en detrimento o pugna con las abstracciones extremas. Quizás, en cierto grado y con grandes matices, esto sea válido también para América Latina y el Tercer Mundo en toda su amplitud.

²⁵ Una vez más hemos caído inevitablemente en el tópico de las contradicciones de la identidad cultural caribeña, ahora transitando por el camino de la independencia. Hay quien explica la relativa prosperidad de determinados países del Caribe, comparando con respecto a sus similares en la región o periodos anteriores, a partir del mantenimiento de éstos bajo diversas formas de dependencia (aunque sea mediante intervenciones armadas o la complicidad con las dictaduras militares); mientras tanto, hay quien fundamenta el subdesarrollo de otros considerando su cristalización inacabada de la nación y la nacionalidad o la subordinación parcial o completa a las fuerzas del capital trasnacional. Entre ambos extremos se mueve una cuerda floja que demanda el equilibrio constante de aquellos que persigan buscar respuestas o formular las preguntas de otra manera.

En este ensayo, González Pérez hace un recorrido histórico que apunta en esta dirección. De su título se desprende una observación acerca del periodo de tiempo que aborda (1791-1898) por el hecho de que se excede en casi todos los casos, tanto en sus antecedentes como en las consecuencias para sus desarrollos en el siglo xx y hasta el presente; es obvio que más allá de una posible incoherencia, esto debe entenderse a la luz de su certero afán por ofrecer una visión integral del devenir de cada escenario mediante factores, muchas veces interdependientes, también azarosos,²⁶ que han intervenido: orígenes étnicos y migraciones, balance del comportamiento de las fuerzas políticas, militares, sectores y clases sociales en cada lugar y momento, variabilidad de la importancia y funciones de las colonias respecto a las metrópolis, así como el diseño de sus estrategias expresadas en indicadores que abarcan desde el nivel de incidencia de la plantación, los resultados y cambios en las posiciones ante la trata y la esclavitud, hasta el papel de las instituciones en la creación y mantenimiento de los mecanismos de dominación y su efectividad, entre otros.

El autor encara el objeto de estudio con sobriedad de estilo, manejo bibliográfico apropiado y mesura frente a los inevitables juicios de valor ético e ideológico, sin dejar de plasmar su compromiso de izquierda; en buena parte, su contenido enriquece el ensayo de Portuondo Zúñiga alrededor de las políticas imperiales al inferirse que la dicotomía dependencia-independencia no es la fórmula adecuada para abarcar tantos matices. Siguiendo su orden expositivo, tenemos a bien resumir los elementos que sobresalen en la lectura y algunos razonamientos que de ella emanan:

- 1) Hay una pretensión de acercarse a la diversidad y profundidad de la influencia de la Revolución Haitiana en los procesos independentistas en el área y más allá. Aquí se resume lo que cambió en la mirada de las metrópolis

²⁶ Por ejemplo, la retirada intempestiva de Dessalines hacia Haití, después de invadir la parte española de la isla en 1805, debido a la aparición casual de una flota francesa en las costas, interpretada por éste como peligro inminente de invasión para su territorio.

hacia las colonias, parte de la conciencia social y el intelecto que removi6 y afianz6 en el Caribe, y en lo primordial, las distintas realidades sociales, econ6micas y culturales que aqu6 model6. El proceso posrevolucionario haitiano, convulso, aleccionador y muestra de la hibridaci6n sociocultural y pol6tica que se presagiaba y se estaba dando en el Caribe, deja visualizar sus trazos, proyectos y fracasos por medio de su conflictiva relaci6n —geogr6ficamente umbilical— con la parte espa1ola de la isla.

- 2) En el devenir constitutivo de la Rep6blica Dominicana, las travesuras de la historia manifestaron su arista inusitada, pero desde la 6ptica de la construcci6n nacional, se1alando la inclinaci6n prohispana de la cultura de ese pa6s (si hubiera que buscar un componente b6sico en su naturaleza mixta); a la inicial posesi6n hisp6nica de esta parte de la isla habr6a que a1adir dos hechos que as6 lo confirman: uno, el triunfo, frente al dominio franc6s, de lo m6s conservador de los sectores criollos olig6rquicos y el comienzo de la etapa "Espa1a Boba" (1809-1821); el otro fue que ya proclamada la Rep6blica Dominicana independiente (1844), y luego de superar un par de hostigamientos haitianos, en 1861, uno de los l6deres m6s connotados en su defensa, Pedro Santana, prefiri6 solicitar a Espa1a la anexi6n de 6sta ante el estancamiento econ6mico y pol6tico que sufr6a; Espa1a, no sin antes regatear, acepta, pero incapaz a6n de llenar las expectativas, no pudo impedir que en 1865 la peque1a burgues6a criolla tomara nuevamente las riendas de la historia, y despu6s de cruenta lucha, se restaura la Rep6blica independiente.
- 3) Para un lector de pensamiento no tan agudo, este ensayo tambi6n brinda pistas acerca de las posibles explicaciones del rechazo hacia los haitianos y su cultura de ciertos sectores sociales dominicanos, sobre todo dominantes; mas, en la cultura popular tradicional de ese pa6s tal afirmaci6n tiene sus matices, incluso sus contrarios.
- 4) Al adentrarse en Centroam6rica, se esclarece el inter6s de la regi6n en general de separarse de Espa1a; y, aparte del papel confuso y excepcional de las aristocracias y el

pueblo en pro de la libertad, la independencia nominal de Guatemala y su anexión a México, así como la atipicidad de Costa Rica, es significativo que entre 1823 y 1824 los territorios mencionados —más Honduras, El Salvador y Nicaragua—, al legitimarse en una Constitución, fueron declarados parte de una nación soberana e independiente: la Federación de Centroamérica. De la lectura se deduce que el carácter localista y conservador de las aristocracias creó e hizo inviable esta unidad con antecedentes en tres siglos de dominio hispano. Consideramos que el anquilosamiento dejado por la metrópoli convirtió en poco probable la consolidación de esta Federación como nación en esa coyuntura.²⁷

- 5) En Panamá y Belice el autor no pasa por alto algo que queremos significar: lo importante que fue, en momentos decisivos, la presión o colaboración internacional para conquistar la independencia y la soberanía. La historia del pueblo panameño —que casi es lo mismo decir de la explotación y dominio de la zona del Canal— es agrupada en una periodización sobre la base de los cambios tecnológicos, económicos y políticos allí ocurridos; la lucha contra los tratados canaleros, con la ascensión permanente a escena de Estados Unidos (1903), dejaba atrás la historia de dominación hispana (hasta 1821) y la subordinación a Colombia e inauguraba un reforzamiento de la identidad nacional; en esta porfía, el punto elevado que alcanzó Omar Torrijos en 1977 y el reconocimiento completo de la soberanía panameña dos años después, se deben a la solidaridad foránea (tercermundista), unida al apoyo popular y la fina diplomacia. En el otro caso, la decisiva campaña de Torrijos y el derrocamiento de las dictaduras militares guatemalteca y nicaragüense condicionaron el reconocimiento internacional de la independencia formal de Belice, sancionada por la Asamblea General de la

²⁷ No tiene sentido especular sobre una historia que no fue, empero, vale apuntar que la hubiera cambiado, al menos, por el hecho de surgir un país menos vulnerable territorialmente frente a las naciones poderosas.

Organización de las Naciones Unidas (ONU) en 1980, y consumada en el año siguiente; para un territorio vulnerable en todos los sentidos, el autor no sólo explica este triste proceso, también sugiere que su desarrollo a largo plazo depende de la colaboración con los países de la región; indicios concluyentes para aseverar lo anterior se hayan en el ensayo.²⁸

- 6) En Cuba, las gestas decimonónicas por la independencia ya venían presagiando la radicalidad que mostrarían en el siglo XX como en ninguna otra parte del Caribe y América Latina; si en el XIX el carácter de la lucha se definía en términos de liberación de la esclavitud y por la independentista de la patria, en el venidero se le suma la obtención de la justicia social. Al abordarse el decisivo periodo 1868-1898, aflora el factor socioclasista en tanto relativizador de esa radicalidad; si bien la Guerra de los Diez Años conmocionó al mundo por el arrojío de los cubanos, la efectividad de la estrategia de guerrillas y el ejemplo dado a todo el continente, no obtuvo los resultados esperados: la inexperiencia política y las diferencias generacionales fueron males menores frente a las divisiones que sembraron los prejuicios raciales, el regionalismo y las diferencias de clases; la falta de unidad, por el contrario, no caracterizó la contienda del 95, pero en su contexto se polarizaron las posturas de los grandes terratenientes y la naciente burguesía contra la aspiración de la independencia absoluta que, a la larga, facilitaría la intervención yanqui.
- 7) Para comprender lo sucedido en Puerto Rico con el fracaso de su primer intento libertario de España (El Grito de Lares, septiembre de 1868), el autor ofrece razones

²⁸ En el texto, la vulnerabilidad de Belice se constata con la dominación intermitente, formal e informal, entre España e Inglaterra (que la consagró como colonia en 1862), un tardío e infructuoso ensayo plantacionista (1870), una población exigua dedicada a una economía agroforestal que no se modernizó hasta el final de la Segunda Guerra Mundial (con tutela estadounidense) y la efectividad de las formas de dominación que, en este caso, retardaron al extremo el proceso descolonizador del Caribe inglés.

que van desde la estructura socioeconómica del territorio hasta la desorganización, las casualidades y el posterior exilio prolongado que sufrió R. E. Betances; sin embargo, es importante reflexionar acerca de la crítica y definitoria coyuntura de 1898, la cual marcaría el retroceso histórico independentista que no se ha superado en más de una centuria. El papel reaccionario de la burguesía azucarera cubana se puso sobre el tapete otra vez, ahora abriendo el camino al intervencionismo yanqui en la vecina isla; y de manera paralela, el ideario martiano era vil o ingenuamente traicionado cuando se facilitaba dicha intervención, porque fuerzas internas de la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano informaban detalles al alto mando estadounidense sobre la situación militar, junto al ofrecimiento de personal voluntario para participar en la invasión; todo a cambio de la ilusoria pretensión de que una vez depuesto el poder hispano se reconociera la personalidad jurídica del pueblo puertorriqueño. Una mirada a la historia desde el presente acusa la vigencia del ideario libertario en medio de la persistente dominación nortea.

- 8) Al analizar la situación expuesta por el autor en el Caribe francófono y anglófono, no es ocioso acercarse a una comparación con España la cual, aunque esquemática y apresurada, ayuda a comprender la disimilitud de los procesos de desgajamiento colonial en la región. La pérdida progresiva de las posesiones españolas —para áreas de influencia de mayor amplitud— hay que atribuirle a una retardada mentalidad, manifestada en la merma del poderío militar asociada a un inferior desarrollo económico respecto a sus potencias competidoras (en particular, la impetuosa emergencia del imperialismo estadounidense), y al hecho de que las formas de sometimiento colonial a lo largo de los siglos fueron menos eficientes que en el Caribe anglófono y francófono.²⁹ Más allá de este punto

²⁹ Sería prudente aclarar que aquí reducimos la *eficiencia* al mantenimiento de la estabilidad social y política mínima e indispensable para dar seguimiento a la explotación por medio de su cambiante adopción de fórmulas y estilos.

en común entre sendas agrupaciones, se hayan matices interesantes; mientras en el Caribe francófono Guadalupe, Martinica y Guyana fueron convertidos en departamentos de ultramar (1946) producto de la demanda masiva de la población —siendo Haití la gran excepción—, el férreo señorío británico sobre sus dominios coloniales se sostuvo sin grandes tropiezos hasta 1934, cuando la crisis generalizada desataba una serie de revueltas y se iniciaba la presión popular que desembocaría en la creación de la Federación de las Indias Occidentales (1958); en 1961 Jamaica empezaba el proceso de disolución de este órgano con el inicio de la separación paulatina de los países y el logro de la independencia constitucional, completa o a medias. Tanto esta última condición en el Caribe inglés, como la de los departamentos de ultramar en el francés, encubren una continuada dominación, por demás eficaz, expresada en la estructura socioeconómica de los territorios y la propensión a la inacción de sus gobernantes, a lo cual yo añadiría, y de su gente.

De una rápida ojeada al título del ensayo que cierra el libro, “Retos del proyecto socialista caribeño cubano frente a la globalización”, de Mario González Arencibia,³⁰ se deduce que, ante un tema de esta naturaleza, la palabra “retos” parece redundante; porque a la condición de país subdesarrollado de Cuba hay que añadirle la de bloqueo económicamente durante más de cuarenta años por Estados Unidos, en represalia a la decisión de llevar adelante la opción socialista, por demás en su contexto geopolítico más inmediato.

Este ensayo, alejado del enfoque histórico y más apegado al económico, responde a la necesidad de arrojar luz sobre la concepción del fenómeno globalización en relación con lo que caracteriza y funciona como especificidad del sistema social cubano, el trayecto y la realidad de su sobrevivencia, y las estrategias para el futuro. Este final del libro nos incita a pensar que algunos, de manera errónea, lo pudieran interpretar como una

³⁰ Profesor de la Universidad de Oriente.

proposición de la alternativa socialista para enfrentar los problemas del Caribe. Otra interpretación más racional sería la de continuar divulgando las esencias del proceso *sui generis* que se vive en Cuba y cómo está enfrentando —puede hacerlo— el fenómeno globalización, a sabiendas de que este último puede verse en tanto modelo de análisis o realidad que la engloba (junto al Caribe) o en la perspectiva de estandarte ideológico que coadyuva a demostrar las falencias del capitalismo.

El discurso se apoya en una lógica donde predomina la inducción, usando fuentes oficiales cubanas (estadísticas, partidistas y de funcionarios gubernamentales), sin obviar las referencias bibliográficas. Se parte de ubicar la globalización en cuanto fenómeno objetivo que distingue al mundo de hoy, lo cual reclama insertarse en él desde sus particularidades, utilizar sus bondades y mecanismos y discriminar lo más nocivo para el desarrollo real de los pueblos; de igual manera, se enuncia el concepto de socialismo cubano en términos de “planificado con apertura parcial al mercado interno”, dejando preparado el terreno para establecer la relación de Cuba con este fenómeno a partir de 1959, dividida en dos momentos.

El primero, hasta 1989, resume la inserción del país en el sistema socialista (quizás la única alternativa para subsistir económica y políticamente frente al bloqueo y la agresividad de Estados Unidos en aquella coyuntura), caracterizándose por el crecimiento económico, una generalizada elevación del nivel de vida poblacional, la reactivación del mercado interno y una protección respecto al mercado mundial que derivó en una desconexión del progreso científico técnico y de los avances en los métodos de organización y gestión de la producción. El segundo momento (de 1989 a la actualidad) se delimita con el advenimiento de una crisis estructural producto del derrumbe del socialismo en Europa del Este, la cual puso al desnudo las consecuencias de la *dependencia benévola* con respecto al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y la extinta URSS y cómo el Estado cubano reorientó sus relaciones internacionales, sus mercados y su economía interna para conectarse al sistema imperante por medio de la transformación de la base económica que, al quedar desfasada, reclamaba un acelerado crecimiento y diversificación de la producción y la

exportación, la búsqueda de nuevos agentes para el mercado interno y externo que permitieran pagar la deuda externa y promover inversiones de capital, y la regulación del “creciente peso de las divisas en los intercambios externos y su repercusión sobre la economía interna”.

Esta periodización a grandes rasgos es válida para los objetivos del autor, sin embargo, pudiera ser ampliada —sin perder su lógica interna— matizando el primer momento y subdividiendo el segundo, acotaciones dentro del proceso que representan la desconexión en su máxima expresión.

Los primeros años de Revolución (1959-1962) ameritan un señalamiento: fueron una coyuntura breve, pero de gran vulnerabilidad para el naciente proceso en la que la anterior dependencia estructural de Estados Unidos y la rápida ruptura de éste con Cuba derivaron en una gran desconexión respecto al mundo. A partir de 1962 comienza el periodo de tutela económica de la URSS —que el autor denomina *dependencia benévola*—, forma de conexión al campo socialista que se consolida con la entrada en escena del CAME en la década de los setenta.³¹ Hay en este periodo mucho conocimiento acumulado, mucha historia por escribir, mucha experiencia por sistematizar; historiográficamente se trata de un pasado inmediato, pero de un mismo proceso social que no sólo tiene el reto de defender lo conquistado, sino de continuar desarrollándose como la mejor forma de hacerlo. Es muy probable que una retrospectiva analítica de aquellos años³²

³¹ La trascendencia de estos primeros años está en que se fundieron las bases estructurales del sistema desde la óptica de la propiedad y la ideología (en su versión conceptual más cargada a la política), se instrumentaron formas de organización social y económica forzosamente nuevas, se perfilaron como rasgos esenciales la vocación de justicia social y el carácter masivo de participación popular que contribuyó a legitimar el poder instaurado, el cual se afianzó con personalidad propia en el exterior polarizando de facto la posición de cada país respecto a Cuba, todo ello en un ambiente de efervescencia revolucionaria y gran debate intelectual. Los ecos de este periodo, por su continuidad y profundización de contenido, llegan hasta la década de los setenta.

³² El ensayo es la modalidad que más se ha acercado a desentrañar la historia y las enseñanzas de esta etapa. Véase, por ejemplo, Martínez Heredia (2001). Sin embargo, ya se abrió la senda de los libros con María del Pilar Díaz Castañón (2001).

ayude a reconsiderar (para la práctica política y las ciencias sociales) el modo en que se definen ciertos conceptos en el presente y a encontrar las vías para atacar las causas de muchos vicios dañinos al sistema.

El segundo momento que sugiere el autor puede subdividirse desde su inicio, en 1989, hasta 1996-1998, lapso temporal donde la desconexión respecto a la globalización se presentó como la más amplia en tiempo y profundidad, porque fue mucho más brusco el descenso de los niveles y calidad de vida de la población en su conjunto; mas, este último intervalo de dos años ya evidencia una inflexión en el estancamiento económico que sumía al país en una brutal depresión en su infraestructura y en todos los indicadores sociales: la economía comienza a salir del bache, a crecer lentamente y a recuperarse. La madurez de la Revolución y la cultura política del pueblo, junto al despliegue de la iniciativa y el talento de los recursos humanos forjados a lo largo de cuarenta años, son factores que pueden explicar el milagro de que el sistema no colapsara, a contrapelo de lecturas marxistas dogmáticas de la realidad que, siguiendo su lógica, habrían pronosticado un derrumbe inevitable por el descalabro económico, descontando el efecto ideológico de lo acaecido en el campo socialista y el incremento de la agresividad yanqui.

Después de describir lo que considera el segundo momento (de 1989 a la actualidad), el autor destaca lo inédito del proceso cubano en cuanto a la utilización de la dinámica globalizadora. La vertiginosa emergencia de un nuevo *modelo de desarrollo cubano*, de *transición socialista renovado*, contribuye a solapar los desafíos con los modos de enfrentarlos, algo patente tanto en el texto como en la realidad; para el mundo, Cuba seguía siendo políticamente un paradigma, y como objeto de estudio, un laboratorio social, ahora más interesante por su mayor movilidad.

Los cambios trascendentales en el interior de la economía cubana estaban llamados a superar los desajustes estructurales que no pudo resolver la División Internacional Socialista del Trabajo, un problema mayúsculo que el autor sólo enuncia y queda para futuras investigaciones, pero como él mismo sostiene con acierto, tales desajustes no deben verse desvinculados de la permanencia del bloqueo económico estadounidense y la urgencia

de convertir los productos cubanos en competitivos en el mercado mundial. Es así como describe dos de las principales fórmulas adoptadas por el gobierno: la descentralización³³ en diversas variantes y la legitimación de las operaciones de empresas capitalistas controladas por el Estado. Desprendido de todo lo anterior y en el marco de los cambios en evolución, González Arencibia explica elocuentemente la multiformidad que adquirió la estructura económica al emerger tipos socioeconómicos diferentes sobre la base de variaciones en la forma de propiedad. Una flexibilización tan valiente, cuya principal finalidad era fortalecer el mercado interno, no estaba reñida con dos de los principios que la sustentaban y que son expuestos con lucidez: socializar los resultados y preservar la soberanía nacional.

Más adelante el autor deja plasmadas las acciones más importantes que, a corto, mediano y largo plazo, acometió el gobierno para enfrentar la conexión; empero, el acento se pone en el desafío de conservar y aprovechar al máximo "las fortalezas económicas, sociales, políticas e ideológicas" emanadas de la transformación socialista, las mismas que distinguen a Cuba del resto de los países subdesarrollados.³⁴ De forma paralela se explican dos

³³ El tópico de la dicotomía centralización-descentralización es uno de los más polémicos por lo que entorpece o favorece al desarrollo, en dependencia de los contextos; los años noventa fueron testigos de una descentralización en la gestión, producción y control económico que contrastaba con las etapas precedentes; recientemente se retornó a una centralización financiera de las divisas convertibles, y se observa lo mismo en las grandes políticas sociales que lleva adelante el Estado. Se discute hasta qué punto la verticalidad homogeneizante obstaculiza los desarrollos regionales y locales e impulsa el éxodo masivo de población hacia los ámbitos urbanos y produce o reproduce desequilibrios en los niveles de desarrollo espacial, parte importante de ellos heredados por la Revolución en 1959. Las desigualdades en la estructura socioeconómica se acrecentaron en los noventa, a pesar de la homogeneización en rubros decisivos para la calidad de vida (salud, educación, seguridad social), revelando las fisuras en el bienestar poblacional, visto en términos materiales (empleo, acceso al mercado, etcétera). La complejidad aflora cuando la permanencia del bloqueo yanqui y su agresividad política siguen constituyendo un factor determinante en muchas de las estrategias de la política económica interna: se trata del balance entre lo conveniente y lo correcto.

³⁴ En general coincidimos con estas ideas, exceptuando la que sostiene que "Cuba posee una adecuada infraestructura para el transporte y las

restricciones en el empeño de alcanzar dicha conexión: el creciente fortalecimiento de las instituciones supranacionales que definen las reglas del juego a escala mundial (respecto a los cuales Cuba está situada al margen) y la globalización de los sistemas productivos con sus implicaciones tecnológicas y de competitividad en el mercado; sendas restricciones se traducen en obstáculos para la integración, incluso con América Latina y el Caribe. En este ámbito, al bloqueo económico estadounidense se le adjudica una capital trascendencia por el alcance global de la política externa de ese país y la desaparición del freno que significaba el campo socialista; se ejemplifica con diaphanidad cómo el bloqueo ha adoptado carácter legal, cómo se ha expresado en los intentos de globalizar las agresiones al país y, primordialmente, cómo se ha concretado (con datos e informaciones precisas) por medio de las limitaciones en la producción y comercialización en el área de la salud. Aplaudimos la afirmación de González Arencibia de que la intensificación de las relaciones externas debe acompañar la reestructuración del desarrollo si se quieren superar los límites que impone el subdesarrollo; de ahí que resulte loable la concisa deconstrucción de la falacia sobre el aislamiento cubano.

El ensayo cierra con las *lecciones* para la transición socialista, explicando e interrelacionando nueve puntos, de los cuales comentamos tres.³⁵

- 1) El problema de la *eficiencia económica interna* es una batalla medular tanto por sus consecuencias prácticas en términos de producción y servicios como por el trasfondo ideológico que trae consigo el tema frente al mito de la “ineficiencia de la empresa socialista”.

comunicaciones”. Si bien en ambos rubros se ha crecido en el periodo revolucionario, y específicamente en las comunicaciones se constata un salto tecnológico considerable, todavía no se satisfacen las necesidades de la población y del desarrollo del país, sobre todo el transporte.

³⁵ Para ahondar en los problemas económicos de la Cuba contemporánea, y algunos sociales de ellos derivados, recomendamos la lectura de un libro reciente que, por su caudal de información y variedad temática (trece ensayos y un prólogo), resulta imprescindible. Véase Pérez Villanueva (2004).

- 2) Resulta interesante que el autor se apoye en una cita de Marx y Engels para esclarecer la necesidad de superar la “histórica contradicción entre mercado interno y externo”, resaltando la importancia de un balance en los grados de desarrollo de ambos para la estructura interna. La tendencia al incremento de las exportaciones de servicios, no sólo desde el sector turístico, también en calidad de conocimiento y recursos humanos, es un avance en el proyecto de desarrollo, pero la reanimación del volumen de producción y servicios, así como una mayor interconexión entre ramas y regiones de la economía interna —en lo fundamental, con preponderancia para la industria ligera y la producción de alimentos—, podrían contribuir sensiblemente a la nivelación de las desigualdades sociales (con un positivo efecto político derivado) y al apuntalamiento del mercado externo (turismo, por ejemplo).
- 3) Quizás esta prioridad en la industria ligera y la producción de alimentos sea una manera de concretar la estrategia de desarrollo para Cuba a partir de “un proceso de reindustrialización con sustitución de importaciones”, lo cual no niega que la ciencia se continúe utilizando como una fuerza productiva.

El texto que aquí estudiamos nos ha guiado el pensamiento hacia la diversidad de orígenes, caracteres y destinos de la región, el efecto sobre ella de la rapiña imperial, las consecuencias de la decisiva influencia africana, los avatares de los procesos independentistas y los desafíos y oportunidades de Cuba con miras a construir su variante de socialismo; por su parte, nuestro escrito ha sido el pretexto para aproximarnos a pensar el Caribe a la luz de los batientes, negaciones y presencia indiscutible —por raigal y globalizada— de la cultura occidental, todo ello con la marcada intención de aportar una humilde semilla a ese campo herético que los intelectuales identificados con el bienestar de los pueblos caribeños debemos cultivar, para el bien de la ciencia y de la humanidad toda.

BIBLIOGRAFÍA

- Bosch, Juan
2003 *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales [1ª edición, 1981].
- Díaz Castañón, María del Pilar
2001 *Ideología y Revolución. Cuba, 1959-1962*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Hernández Rodríguez, Rafael
2000 "Cultura y concertación regional en el Caribe", en Ana Vera Estrada (comp. y present.), *Pensamiento y tradiciones populares: estudios de identidad cultural cubana y latinoamericana*, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, pp. 108-119.
- James Figarola, Joel
2000a "El Caribe entre el ser y el definir", en *El Caribe entre el ser y el definir*, República Dominicana, Editora Tropical, pp. 6-35.
2000b "Sociedad y nación en el Caribe", en *El Caribe entre el ser y el definir*, República Dominicana, Editora Tropical, pp. 36-63.
2000c "De la sentina al crisol", en *El Caribe entre el ser y el definir*, República Dominicana, Editora Tropical, pp. 187-235.
- Martínez Heredia, Fernando
2001 "La alternativa cubana", en *El corrimiento al rojo*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, pp. 9-44.
- Monal, Isabel
2000 "Identidad: entre inercia y dinámica. El acecho de la razón identitaria pura", en Pablo Guadarrama *et al.* (comps.), *Filosofía y sociedad*, t. II, La Habana, Editorial Félix Varela, pp. 544-557.
- Pérez Villanueva, Omar Everleny (comp.)
2004 *Reflexiones sobre economía cubana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Pierre-Charles, Gerard
1994 "Abarcar el Caribe en su unicidad y su diversidad", *Del Caribe*, núm. 23, pp. 4-7 [Santiago de Cuba, Casa del Caribe].